

—¡Ay!.....¡Ay!.....¡La monja!.....—Repitió una Señorita.  
 —No tengan cuidado.—Contestó el Mucipe con firme acento y revolver en mano.—  
 Yo la ahuyentaré.  
 —¡Ya viene!—Dijo un chusco en voz alta.  
 —¡Jesús me valga!—Gritó una Señora grande, y se desmayó.  
 La vanguardia de espectadores, compuesta por muchachos impresionables, dió media vuelta y echó á correr comunicando su miedo á los demás, y tropezó con la tribuna del Regidor quien rodó por los suelos sin poder alzarse porque se lo impedía el tropel de fugitivos.  
 Los serenos también se contagiaron de pánico, y poniéndose en cobro pasaron encima de su Señoría.,  
 Pronto quedó abandonada la estancia y pudo la falsa monja cambiar de indumentaria dejando el asombro y la duda en el alma de cuantos la miraron.

### EPILOGO.

Los supervivientes de la catástrofe, quiero decir, los que no corrieron hasta la calle, presenciaron la segunda aparición; esta fué del integérrimo Concejal que al fin, mohimo y revolcado, salió deteniéndose con ambas manos la mandíbula izquierda, sacrilegamente hollada por la pesuña de un sereno. Existen aún testigos presenciales de aquel espanto macabro y burlesco que dió tan mal resultado á su inventor.

### XXVII.

### LA MUSA CALLEJERA.

El pueblo oaxaqueño, como el de todos los países meridionales, aún en sus individuos poco ilustrados, ha dado muestras de su amor á las artes de lo bello, presentando ejemplares que revelan un delicado sentimiento estético, si bien casi siempre mal dirigido y menos estimado.

Ese grupo de infelices, compuesto por el hijo pródigo, la cantatriz de pulquería, el bardo de encrucijada y el ciego suplicante, ha producido en todos tiempos historias maravillosas, baladas tristísimas y cantares patrióticos que causan admiración, ó arrancan lágrimas.

Comprometidos á señalar los lugares de la Ciudad que han sido teatros de sucesos de toda especie, no debemos pasar en silencio los recuerdos que la musa callejera, pobre, pero simpática y amable, ha dejado en algunas calles y plazas por donde pasó, llorando á veces, y á veces muy alegre, aunque siempre cargada con el peso de sus dolores.

Torvo y callado en ocasiones, bullicioso é iracundo en otras, andaba por las calles á mediados del siglo XIX un individuo alto, delgado y moreno, con ojos expresivos y cabellos en desorden; su traje, aunque roído, y sus maneras cultas eran de un noble caballero, á par que sus discursos incoherentes y sus ímpetus coléricos denunciaban al hombre de talento que había perdido la razón.

Fué un abogado que se distinguió en el foro por su saber, y en la política por la exaltación de sus ideas.

Cuéntase que un día cuando la Corte de Justicia del Estado se hallaba en la casa que hoy tiene el número 4 de la calle de Juárez, el ilustrado jurisconsulto salió del Tribunal llevando algunos legajos que contenían varias causas encomendadas á su estudio; y dirigiéndose la raudal que desciende por esa calle como derrame de una caja surtidora de agua, pretendió lavar aquellos papeles asegurando que se encontraban sucios los autos y sucios los jueces.

Desde entonces, conocida su demencia, fué segregado de la sociedad, pero atendido de lejos por su familia y sus amigos. Así vivió largos años vagando por las calles y plazas donde improvisaba discursos y poesías de todos géneros.

Tuvo un hijo, que muy bien educado, llegó á ocupar lugares distinguidos en el alto clero de Oaxaca.

He aquí una de las anunciadas improvisaciones que hemos podido recoger:

### “Al Cigarro.

Tan solamente tú, cigarro amigo,  
 Eres amigo fiel y verdadero,  
 Tú, mi leal, simpático aparcero,  
 Estás sin variación siempre conmigo.  
 Tú de mis gustos eres el testigo,  
 Y en mis pesares vienes el primero;  
 Y si anhelo encontrar un compañero  
 Que me hable sin disfraz, lo hallo contigo:  
 Tu fuego las pasiones simboliza  
 En las cuales ansioso me consumo  
 Bebiendo el fuego que tu aliento atiza,  
 Y si escucho tus voces, me presumo  
 Que me pintas mi fin en la ceniza  
 Y retratas mis gustos en el humo.”

Alto y moreno, también poeta ingenioso, é hijo de buena familia, pero no completamente loco, sino agotado por los descuidos de su vida, tuvo Oaxaca otro bardo popular, trovador de Mercados y cantinas, O' Connell de nueva especie, que se consagró á pronunciar discursos patrióticos y arengas revolucionarias, reuniendo en torno suyo numeroso pueblo que lo escuchaba atentamente aclamándolo con el nombre de «El negrito Arteaga.»

En aquellos tiempos escasos de periódicos, Arteaga era una gacetilla viviente, un diario subversivo de oposición al Gobierno, y también ministerial según el viento que corría.....

Sus disertaciones sobre política y literatura y sus discursos bélicos pronunciados en la plaza, ó en el mostrador de una tienda á cambio de aguardiente, por desgracia no han pasado á la posteridad; pero no así sus hechos de armas y sus hazañas amorosas, pues sabía electrizar á las multitudes y atraerse á las damas de cierta clase con su expresiva dialéctica.

A mediados del siglo anterior, cuando las pasiones políticas estaban más divididas, y se sucedían con frecuencia los pronunciamientos y los golpes de Estado, el bravo tribuno ventiló al aire libre las cuestiones más árduas, defendiendo el pro y el contra de acuerdo con el estado de su cerebro, pero casi siempre animando á las clases populares de manera inusitada.

Cuando en el Congreso se discutía la Constitución local de 1857, Arteaga desde el portal declamaba á voz en grito increpando á los Diputados y enviándoles consejos saludables con malicioso gracejo y epigramas oportunas.

Un día en que los ánimos se hallaban conmovidos por las noticias de la guerra civil, repentinamente las tiendas se cerraron con estruendo, las mujeres corrían y gritaban «¡Revolución! ¡Revolución!» los hombres formaban grupos en las plazas, y la guardia del Palacio del Estado cargó sus fusiles..... Pasada la primera impresión se supo que Arteaga, el orador ambulante, había escalado un montón de escombros que se encontraba en la plaza, y desde allí gritaba:—¡Ya vienen esos.....¡Fuego y adentro! ¡No se aterren, no se acobar-den!.....¡Viva la libertad!—Todo esto salpimentado con las palabras más espeluznantes, y con ademanes de tribuno desesperado.

Estaba en lo más entusiasta de su arenga el nuevo Dantón, acariciado y aplaudido por algunos de sus oyentes que subieron á la tribuna, y amonestado por otro grupo de serenos que intentó callarlo, cuando rodó violentamente desde lo alto de los escombros hasta llegar mal-trecho y empolvado al fondo de la cárcel para dormir sobre sus laureles.

Por aquellos tiempos brillaron en las plazas de Oaxaca dos tipos curiosísimos en su género, y amados del pueblo por la perfección con que manejaban el estro bullicioso de la musa callejera, ó el género chico, hablando en términos modernos.

Uno de aquellos personajes era la *Señora Tejona*, como ella misma se hacía nombrar; mujer de cierta edad, ó de edad incierta, alta y ligera, llevaba en el rostro las huellas de una vida poco edificante, pero su voz, que era dulce y sus maneras agradables hacían las delicias de los concurrentes al mercado, quienes con frecuencia la rodeaban pidiéndola que luciera sus talentos en cambio de unas monedas de cobre, ó un vaso de pulque. Armada con una escoba que la servía de batuta, ejecutaba graciosos bailes y cantaba coplas un tanto maliciosas, pero todas de su propia cosecha. En ocasiones terminaba el acto con algunas demasías del respetable público; entonces, á falta de Juez de Teatro, la Señora Tejona se hacía justicia con la escoba.

El otro era un literato suigéneris: *Chepe Burro*, así le llamaba todo el mundo sin que él protestase. Fué un anciano bajo de cuerpo, ancho de espaldas y algo inclinado; apoyándose en un grueso bastón portaba con cierto donaire un traje de diplomático, que á no dudar se lo habían obsequiado desde su primera juventud.

Don José el burro, como le decían algunas personas piadosas, era poeta romántico y al mismo tiempo barítono agotado; sus baladas, graciosas unas, y picarescas otras, que también las vendía por aguardiente, pudieran causar efecto en algunos teatros modernos donde poco se cuida del decoro público. Era profesor especialista en cantos y gritos de algunos animales, y hubiera podido rivalizar con Sancho Panza cuando rebuznaba; ejecutados perfectamente y oídos á larga distancia, se hacía pagar los rebuznos más caros que los versos.

Brillaba asimismo como maestro de baile, y la pieza favorita de sus espectadores era la imitación de los brincos y vanidosas contorsiones del pavo americano, por lo cual también se le llamaba *El tío Guajolote*.

Triste, lento, cabizbajo y agobiado con el peso de un salterio que llevaba áuestas, no hace mucho tiempo vimos discurrir por las calles un antiguo maestro de la murga oaxaqueña; contaba ochenta años de vida y llevaba en el rostro no sé qué sombra, no sé qué marca de ultratumba; era un bardo sin nombre como los pobres bardos de la Germania: todos le llamaban «El del Salterio;» recorría las calles de la capital y las poblaciones del Estado proponiendo á bajo precio los acentos de su lira, que nunca faltaron en las bodas de barrio ni en los bailes de pueblo. Colocándose en los dedos unas uñas de metal manejaba el salterio con cierta nerviosidad, y á sus ejecuciones, cuando eran originales, parecía comunicarles algo de la tristeza de su carácter. En opinión de los inteligentes era un filarmónico inspirado y genial que nunca conoció las prescripciones del arte.

Es de creerse que aquella melancolía y sus esfuerzos por aparecer contento provenían de un triste episodio de su vida.

Cuando el cólera morbo visitó á Oaxaca en el año de 1853, el hombre del salterio era joven, tenía hijos, padres y esposa; en un día fatal todos murieron, y él murió también, así lo aseguraron el Jefe de la Sección y el Agente municipal que conducía los cadáveres á la fosa común de los pobres. Por pura casualidad en aquella tarde no hubo mozos bastantes para hacer las inhumaciones, y quedaron los cuerpos amontonados en un corredor. A media noche el desdichado músico, que sólo había padecido un síncope, despertó entre los muertos, y oprimido con el peso de algunos cuerpos, duró así hasta el día siguiente porque los guardas del panteón no escucharon ó no quisieron escuchar sus gritos lamentables.

Desde entonces, sin familia y sin hogar, con solo su salterio, vivió largos años aquel Gárrik oaxaqueño llevando la risa en los labios, la música en las uñas y la muerte en el corazón.

Por último, no debemos olvidar á un amigo nuestro y amigo de casi todos los oaxaqueños que en el último tercio del siglo XIX gustaron de la música y amaron la poesía.

Era un hombre blanco, grueso, de mediana estatura, de frente ancha y despejada, ojos ardientes y huellas de viruela como nos han pintado al tribuno Mirabeau.

Era verdaderamente músico, y verdaderamente poeta; improvisaba cantares como Juventino Rosas, y hablaba en verso cuando lo quería; alguna vez le oímos tocar en la vihuela varios pasajes de «Traviata» sin tener el papel á la vista, y lo vimos también improvisar octavas reales sobre asuntos que se le daban de repente.

Por desgracia la efervescencia de sus pasiones ó la inevitable fatalidad que persigue á ciertos hombres excepcionales, lo precipitó al vicio destructor de la embriaguez, y rodó hasta el ínfimo lugar de la sociedad sin poderse contener.

En aquel estado de miseria conservaba mucho de su genio artístico según puede verse por los siguientes pasajes.

Presentóse en una tienda solicitando se le diera una copa de vino, y el dependiente se la ofreció á condición de que le dijera en verso cómo era la novia de un individuo que estaba presente.

—¿Cómo se llama su amigo?—preguntó el poeta.

—Ignacio,—repuso el comerciante.

—Pues bien,—dijo, después de apurar el vino:

—Era la amada del mancebo Nacho  
Joven capaz de enfurecer á un chocho,  
Que haría cambiar la convicción de un mocho,  
Y que hasta el juicio volvería á un barracho.—

En otra ocasión, y en otra tienda, invitado á escribir el encuentro que tuvo con la policía uno de sus compañeros de disipación, tomó un papel de estraza, y sin mucho cavilar escribió de esta manera:

«Cuando Sierra, el integérrimo  
Traía lleno el estómago  
De cierto embriagante líquido  
Que en un tendejón recóndito  
Le habían donado sus íntimos,  
Maldecía su suerte pícaro  
Con estas palabras cáusticas:  
—¿No quiciera el cielo fúlgido  
Mandarme una chispa eléctrica  
Que destruyéndome el físico  
Dejara libre mi espíritu,  
Y que una legión diabólica  
Le condujera muy rápido  
A los abismos satánicos?

Ya la vida me es fatídica,  
Treinta años de lucha páfida  
Pesan á este cuerpo mísero.—  
Cuando concluyó estas sílabas  
Salió por las calles públicas,  
Y á orillas de caños húmedos  
Oscilaba como un péndulo.

Alzó una piedra durísima,  
Y con gestos estrambóticos  
Dijo:—Que vayan frenéticos  
A . . . . maltratar impertérritos  
A sus . . . . parientes políticos  
Todos los hombres imbéciles  
Que aquí se tengan por bélicos;  
Yo me rifo con un sátiro,  
Y aunque no soy tauromáquico,  
Puedo capotear un búfalo;  
Deshago patrullas cívicas  
Y peleo con un ejército . . . . —

Cuando concluyó el muy lépero  
Chocó las piedras volcánicas  
Contra las lozas cantéricas.  
Sus aparceros tóntonos  
Quedáronse muy recónditos  
Tras de las puertas viejísimas  
Y rogaban á las ánimas  
Con estas plegarias férvidas:  
—¡Oh mi Señora Santa Agueda!  
¡Señor San Pedro de Advíncula,  
Líbrennos de este antropófago  
Que sin pudor y sin lástima  
Quiere rompernos las glándulas  
Y despedazar las vértebras!—

Cuando así hablaban los tímidos,  
Tres jefes de los depósitos  
De municiones y pólvora  
Que cabalgaban impávidos  
En sus hermosos bucéfalos,  
Le decían con voz de oráculo:  
—¡Alto! ¿Quién es ese bárbaro  
Que así aterroriza al público?  
—Yo soy Sierra, valentísimo,  
Un capitán del ejército  
De honra y gloria solícito.  
—¿Cuándo un alto benemérito  
De prez y honra solícito  
Interviene en tales crápulas?  
¿No sería mejor, gran bútago  
Que en lugar de tantos líquidos  
Embriagantes y mortíferos  
Se refrescara con ácidos  
Tomándose algunas jicamas,





F1391  
.012  
P6

1020004607  
106770

AUTOR

PORTILLO, Andrés.

TITULO

Apéndice del Libro de Historia  
y Estadística publicado por...

FECHA DE  
VENCIMIENTO

NOMBRE DEL LECTOR

*Laura*



